

San Juan en Aragón



ANTONIO BELTRÁN MARTÍNEZ

El propio Jesús dijo del «precursor» que era «el más grande nacido de mujer!» y lo hizo medio siglo antes del nacimiento de Cristo, el 24 de junio, siendo sus padres Isabel y Zacarías, escépticos porque sus muchos años hacían difícil creer en el embarazo, anunciado milagrosamente por el arcángel Gabriel que acalló la incredulidad del anciano diciéndole que quedaría mudo y recobraría la voz sólo cuando el niño, al que se ordenó llamar Juan, naciese. Llevó Juan vida monacal en el desierto, hacia el año 28 comenzó a proceder como profeta anunciando la llegada del Mesías o Redentor. Cuando bautizó a Jesús en el Jordán previno: «Este es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo». Encarcelado por sus críticas a Herodes Antipas y a su pecaminosa relación con Herodes, fue decapitado cuando Salomé, hija de la mujer, pidió su cabeza. tras una danza. y cuentan que se la llevaron sobre una bandeja, hacia el año 30.

Noticias históricas y leyendas y tradiciones se mezclan en torno a una de las devociones más difundidas en los países mediterráneos.

Tanto que, en Aragón, se explicaban las hogueras de su víspera porque hallándose encintas las madres de quienes serían San Juanito y Jesús, decidieron que la primera que se pusiera de parto avisaría a la otra encendiendo fuego en lo alto de un cerro.

Su fiesta cristianizó la universal y pagana del solsticio de verano y al santo se le otorgó poder sanador sobre muchas enfermedades, aparecieron hierbas, aguas y lustraciones, hogueras, fue patrono de numerosos pueblos de una importante Orden Militar y sus caballeros y se cuenta que ya en el siglo X se celebraba bebiendo vino en las iglesias. Como consecuencia aparece repetidamente en pinturas y esculturas representado como penitente vestido con piel de cordero o bautizando a las gentes.

Desde muy tempranos tiempos San Juan se relaciona con Jesús y el solsticio de verano con el de invierno para cumplir un ciclo, incluso trasladando el proceso de evolución de la semilla al fruto que alcanzará madurez con las Vírgenes de Agosto y Septiembre (se hablará en Aragón de tal período como el «de Virgen a Virgen») que simbolizarán la madurez de las mieses y la recogida de las cosechas.

Mientras tanto se confiará, en determinadas condiciones, por su mediación, en su poder sanador e iluminador de cuerpos y de almas a los vegetales y a las aguas, al rocío, al fuego y a todos los poderes primarios de la naturaleza. En San Juan de Plan se encendía la víspera de San Juan, por la noche, un robusto tronco o «zoca» en la «planeta de la falla», bebiendo todos reverentemente alrededor de él y luego cada participante en la fiesta, casi todos los habitantes del pueblo, tomaban en las manos una tea de pino encendida y, a la carrera y en competición, llegaban hasta la puerta de la iglesia, la misma costumbre tenía lugar en Benasque, pero las fallas eran haces de paja.

Respecto del agua y el rocío cada pueblo aragonés (desde luego con ritos semejantes a los de toda España y buena parte del Mediterráneo, abluciones y baños incluidos) tenía sus peculiaridades; en Gistáin se aseguraba que el agua que se bebía la noche de San Juan tenía innumerables propiedades a condición de que se bebiese de siete fuentes distintas insistiendo en el valor de los números cabalísticos (tres, siete, doce, cuarenta) y que se hiciese apresuradamente y sin perder tiempo pues solamente mantenían su «virtud» durante la madrugada.

Y lo mismo ocurría con el «ramo» que reunía diversas plantas, como ocurría en toda España, en cada lugar con determinados componentes inexcusables, recogidos sus elementos precisamente entre las doce y el clarear del día y, concretamente en Baraguás, con menta, rosas, lirios, espinos negros, malvas y otras plantas silvestres. Luego el ramillete que se convertía en un maravilloso símbolo de la hermosura de las cosas naturales recogidas en estado de pureza. La universalidad de estas costumbres casa mal con el intento de monopolio de alguna de ellas por diversas regiones españolas, así el «rama» asturiano; o en Cataluña donde se han conservado con especial mimo las fiestas que celebran el Nacimiento de San Juan Bautista, pero como en todo el Mediterráneo recojan la condición de su realización en las horas de oscuridad siendo anuladas con la aparición del Sol lo que permite llegar a los orígenes de estas prácticas en la Prehistoria y a los innumerables ritos que enlazan la noche de la Luna (cristianizada por medio de San Juan) con el día radiante del Sol. Hay quien dice que con esta metáfora se trataba de asegurar que San Juan dejaría de ser prevalente cuando apareciera Jesús. simbolizado por el sol.

Los catalanes harán que para San Juan crezca y se vigorice todo lo vivo («tot es fa gran», «tot creix un pum», «creix l'arbre y creix l'infant»). En algunas zonas del litoral catalán se desarrollaba una práctica entre las mozas casaderas que hemos recogido directamente en Cerdeña y que



era habitual en muchas comarcas de la Corona de Aragón; si cuando sallá el sol se aprovechaban por las mozas sus primeros rayos,, para observarlos sobre el agua de una palangana lo más clara posible, en el fondo veían los rasgos del mozo que sería su enamorado y lo mismo nos contaron en El Mas d'Azil en Francia, una cueva prehistórica inmensa atravesada por un río, y en cualquier sitio donde la fantasía de las jóvenes ansiosas de casorio eran capaces de ver amantes donde fuese y si la cosa no iba bien bastaba con pedirlos a San Antonio que es también santo de estas fechas dispuesto a echar una manita a las necesitadas.



Se mezclan en relación con San Juan ritos paganos y sus vertientes cristianas; las flores de la víspera habían de ser cogidas por mujeres vírgenes, húmedas con el rocío (o «la rosada» como nosotros decimos) sacralizadas con la señal de la cruz y sólo entonces podrán ponerse en las puertas de las casas para alejar el mal o, por lo menos, como decía muy convencida una vieja sarda, para hacer difícil su entrada. Añádanse las prácticas que beneficien los frutos de los árboles. Y cualquier gesto o palabra debe repetirse tres veces, tanto si se restriegan las hierbas sobre los granos o sobre cualquier otra parte del cuerpo, repitiendo-

se la conjunción de ritos astrales en el mismo momento de salir el sol, entre la oscuridad y la luz.

Nuestros tiempos dominados por el escepticismo y el agnosticismo reciben con burlas o encogimiento de hombros la creencia popular en la influencia de la mediación de determinados santos en la curación de males concretos y el esfuerzo de los hombres por lograr su intervención por medio de fórmulas o ritos que se les antojan cosa de otros tiempos o rémoras que el nuestro padece. No obstante, cuando la medicina ha alcanzado notable efectividad curativa las gentes confían su salud a todo género de curanderos del cuerpo y



Su fiesta cristianizó la universal y pagana del solsticio de verano y al santo se le otorgó poder sanador sobre muchas enfermedades

del alma, son capaces de comprar en Madrid un agua que todo lo cura, como la que se despachaba procedente de la isla griega de Cos, patria de Asklepios o resuelve cualquier quebranto con pulseritas metálicas o con otras panaceas semejantes sin necesidad de confiar en San Juan o en santos que les parece cosa fuera de lugar

En Aragón hubo tiempo en que todas las enfermedades se sintetizaban en torzones, ardores y pasmos y bastaba que el Peliches de Bujaraloz afirmase recibir poderes de San Antonio para que se formasen largas colas de pacientes recitando inventadas letanías del peón caminero y esperando alivio para sus males. O dicho de otra forma, las creencias y las supersticiones tienen mucho que ver con la incapacidad del hombre frente a las fuerzas impalpables que gobiernan los mundos especialmente cuando el dolor, la enfermedad o la muerte, hacen brotar de o más profundo del alma interjecciones tales como ¡Dios miel o, al menos, ¡madre mía! Sin duda el

tema fue de actualidad en todos los momentos de la Historia de la Humanidad; resulta asombroso leer las inscripciones que en el templo de Epidauro denotan la gratitud de personas curadas por la intervención del dios de la medicina. Y no cabe duda que determinadas épocas del año y su relación con los astros han sido campo abonado para acciones misteriosas y fruto de fuerzas que rondan el milagro.

San Juan, en la víspera del día que la tradición atribuye a su nacimiento, obraba estos prodigios por medio de las plantas, el agua de fuentes, ríos o rocío de madrugada, el fuego e incluso las cenizas de las hogueras sobre las que se revolcaban las enfermas en muchos puntos de España completamente desnudas, como acudían en puntos del Pirineo a bañarse en las pozas de los barrancos en un acto colectivo. Se llamaba a estos actos «sanjuanarse». Y las hierbas o flores obraban resultados maravillosos sin necesidad de convertirse en tisanas o comidas, simplemente con recogerlas y formar ramos con ellas.

Quizá el rito más impresionante que conservábamos en Aragón se practicaba en Lobera de Onsella, no hace mucho, y lo hemos recogido en numerosos lugares de la Meseta Central. Es el de curación de niños herniados haciéndolos pasar desnudos entre las ramas de un roble tajado verticalmente, que luego se ataba dependiendo la curación de que medrase o muriese y realizando



«el paso» un hombre llamado Juan y otro Pedro, que venían a decir, «dámelo Juan, tómalo Pedro, herniado te lo doy, sanado te lo devuelvo». No sé de donde es originario el rito, pero en la val de Onsella se conservaba con la complejidad que le garantiza antigüedad considerable; el acudir a la ermita del santo, pernoctar hasta las 12 en el lugar y escoger un bosquecillo que mucho tiene que ver con los lugares sacralizados cristianizados más tarde.

En otros sitios son José y María las personas que entregan y reciben al niño enfermo a ambos lados del árbol hendido y quebrado. En Soria se dice «Tómalo María / dácalo tú Juan/ que la Virgen lo cura/ y el señor San Juan» o en Martín Muñoz de las Posadas «En el río Jordán / mil maravillas se han visto / a Cristo bautizó san Juan/ y San Juan bautizó a Cristo./ Vaya de María a Juan / y de Juan vaya a María». En todas partes el número de voces que había que pasar el niño era tres como decían en El Tejado: «Virgen Santísima/ lo que tu hacías/ bien salía / lo que yo haga/ que bien salga./ En el nombre / de la Trinidad / yo te curo / y Dios te sane», atando el árbol con correas sacadas de otro álamo y si a los tres meses las ramas estaban soldadas el niño curaba; en la provincia de Soria «otro hombre injerta al guindo un frutal de hueso y fajan al herniado, si el árbol salva el injerto el quebrado sana»; en Martín Muñoz de las Posadas se ataba y ligaba con barro

y en Hinojosa de Duero decían textualmente: de como realizar la operación «...y el niño en cueritos y paseo por la horquilla que haga el gajo del álamo y después le tienen que tapar el cuerpecito las hojas del álamo...» En definitiva, resulta que una práctica curativa o sanadora de Lobera de Onsella, era general en todo el centro de España y se conoce desde los primeros tiempos del cristianismo repartida por toda Europa y probablemente con raíces prehistóricas en las que la variedad de árboles que se usan como medio indican la fuerza del árbol y su influencia en la vida de las personas.

No se agota con lo que queda dicho el largo repertorio de prácticas ya olvidadas. En realidad lo que representan es la cristianización de ritos que tienen mucho que ver con el cierre de un ciclo, fundamentalmente agrícola, sacralizando los actos repitiéndolos un número cabalístico de voces y respondiendo al universal rito de la sustitución de la aridez invernal por la fertilidad de la primavera y la obtención de frutos precisamente para el solsticio de verano o para San Juan. La poesía maravillosa del mito de Perséfone o Proserpina, oculta en el tenebroso reino de Hades o Plutón, simbolizando el invierno, los llores de Deméter-Ceres su madre y el que la joven vuelva a la vida y a la tierra, como pintó Boticelli, es menos bella que la potente llama de San Juan, el Precursor y Bautista, el más grande nacido de mujer